



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 15 DE ENERO DE 2023

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

Pequeño homenaje a Pedro José Morillas

Un hombre de campo

Carlos A. Ponzio de León

En aquella época, la loma estaba llena de árboles, no como ahora: pelona, lapidada por calles de asfalto de donde brotan algunas casas. Por aquellos tiempos podía alzarse la vista durante las noches y se alcanzaba a ver un mar de estrellas en la bóveda nocturna, o escucharse a las chicharras en las tardes de verano. Los osos no aparecían buscando comida dentro de los botes de basura en los jardines de las viviendas. Si los perros subían a la loma, soltaban ladridos que rebotaban contra los troncos, dejando oír percusiones que reverberaba descendiendo por el cerro.

Fue por aquella época del año de... que subí a la loma acompañado de mi lomito: un dalmata blanco de manchas negras. Iba yo apreciando la belleza del trayecto, oliendo la humedad de la tierra negra, admirando el brillo verde del moho sobre algunas piedras y que en ocasiones trepaba por los troncos de los árboles. Llegué hasta la punta del cerro cuando me pareció notar a un hombre sentado, admirando la vista hacia el otro lado y dándome la espalda. Cuando escuché el sonido de las hojas secas pisoteadas por mi perro, se levantó intempestivamente y dando un giro me apuntó con un rifle que sostenía con seguridad entre sus manos.

Yo sentí que mi sangre se congelaba en la punta de mis pies, cuando a él seguramente le hervía en la cabeza. "¡Tranquilo!", le dije, "soy vecino, vivo en la calle de..." El hombre parecía seguir calculando cada una de mis expresiones, sin alterar su propia posición. "No sabía que fuera tan peligroso subir la loma", le dije finalmente. El hombre dejó escapar una sonrisa irónica y me dijo: "No cargo con un rifle para asaltar aventureros, que son muy pocos, sino que es mi trabajo lo que me obliga. ¿No sabe usted quién soy? ¿Ha escuchado hablar de Agapito Treviño?". Solté una carcajada y no tuve otro remedio que decirle: "Será usted su fantasma, porque Agapito Treviño fue fusilado hace ciento cincuenta años". En ese momento escuché hierba seca triturada por pasos y al girar mi vista, noté un caballo blanco. ¿Cómo había podido subir hasta allá?

"Síntese en esa roca", me dijo señalando una con su carabina, "le voy a contar mi historia". Nada me podía parecer más interesante. "Pero debe usted prometerme algo. Ahora que me ha visto, no puede contarla a nadie, hasta que yo haya muerto". "Así será", le respondí inmediatamente, mientras me dirigía a colocarme en el lugar indicado.

"Soy descendiente directo de Agapito Treviño", dijo el varón. "Y como el saltador de caminos, yo también le robo a los ricos para darle a los pobres. Pero nadie sabe de mi existir. Como nadie ha sabido de la descendencia de Agapito Treviño. Todos hemos vivido con nuestras familias en cuevas escondidas a lo largo de estas sierras. Pero como todo lo que comienza debe llegar a un fin, también así la descen-



dencia de don Agapito Treviño. El mundo ha cambiado. Ya nadie viaja con sus tesoros en carruajes por caminos poco vigilados, y he visto en sueños que se avecinan cambios con esos aparatos que se llaman computadoras. Un día, las joyas ya no serán joyas, el oro dejará de ser oro y el dinero dejará de ser dinero. Los bancos guardarán la riqueza en las computadoras y mi trabajo será cada vez más difícil de realizar. Se necesitarán conocimientos que, viviendo de esta manera, no podré adquirir." Y el hombre dio una fumada a su cigarro. Estuvimos en silencio un largo rato.

"Asaltar no es fácil cuando se es un hombre de campo. Ahora son narcotraficantes los que se encargan de repartir algo de sus riquezas. Al menos eso cuentan ellos. O quizás solo sea lo que cree la gente. No es difícil engañar a las masas. ¿Se ha puesto usted a contar cuántas mentiras cree lo que ustedes, los hombres estudiados, llaman sociedad?" Hubo un silencio que no quise interrumpir y que volvió a alargarse. Me quité los lentes para limpiar las micras y volver a ver con claridad al hombre.

"Los pobres no siempre son los buenos de la historia", comenzó a decir nuevamente el varón. "Trato de no arrepentirme de lo que he hecho estos últimos quince años. Pero debo reconocer que todo ser humano tiene cosas buenas y otras malas y a veces, cuando enfrentamos diversas circunstancias, esas circunstancias son la raíz de la maldad. Pero ahora, con tantos psicólogos... es responsabilidad de cada uno el cómo responde ante su situación, o al menos si decide repetir comportamientos que nos hacen daño". El caballo blanco comenzó a relinchar. El descendiente de Agapito Treviño se dirigió a él para montarlo. Y antes de desaparecer por una colina que descendía del otro lado de la loma, me dijo: "He dado testimonio de este

secreto y será su responsabilidad divulgarlo cuando yo haya muerto". Y eso, estimados lectores, es lo que hago ahora.

"OJO POR OJO..."

OLGA DE LEÓN G.

La hormiguita suele ser sensata, sensible y muy reflexiva. Mas esas cualidades no niegan que pueda tener otras no tan nobles, en momentos extremos que, como todos los hermanos de esta y otras especies, ella también ha vivido y sufrido: no digo algo grave sino innombrable e imperdonable. Como el día en que fue víctima -sin pretenderlo- de circunstancias horribles.

Pues bien, he aquí que una semana antes del fatídico día, cuando su buena amiga, la también muy laboriosa abejita, la invitó al Círculo de Lectores de los sábados y una frase de Gandhi, que allí escuchó, se le quedó grabada en su cerebrito: "Ojo por ojo y todo el mundo quedará ciego". El perdón es la única respuesta ante la venganza. Pero, ese día no quiso recordar ni honrar a Gandhi. El fuego de la furia y el enojo dominaban su mente y su corazón.

No, definitivamente no podía quedarse sin castigo ese gusano que andaba por el mundo buscando la lástima de todos en aras de su lloriqueo y el poco aprecio de que gozaba entre todos los demás animalitos de su misma especie, que igual se arrastraban por la tierra o trepaban por troncos y hojas, pero nunca entraban en conflicto con nadie más, antes bien, se mostraban útiles y agradecidos con todos los que se topaban en el camino y los ayudaban a seguir en él.

Tengo que encontrarlo, cercarlo y atraparlo para aplastarlo frente a toda la comunidad, que todos lo reconozcan por lo que es: un repugnante gusano con el ego demasiado inflado y muy despectivo para con quienes tienen alguna debilidad o inca-

pacidad menor o no, transitoria o permanente...

Y, como si sus hermanos del bosque, la selva, el desierto y la sabana hubiesen leído aun a la distancia el pensamiento de la hormiguita, acudieron, todos, lo más presto y raudos que pudieron para estar al lado de ella y ayudarla en su venganza... Cosa curiosa, todos estaban a favor de que la hormiguita cobrara venganza, como si se tratara de una historia tan escalofriante y similar a la que le sucedió a Valentín Páez, el ranchador, en el cuento con este mismo nombre de Pedro José Morillas, casi dos siglos antes: "Qué cosas tiene la vida". Nuestra hormiguita queriendo matar al gusano... Nunca lo habría creído, ¡de no estarlo leyendo ahora!

Eso estaba viviendo la hormiguita, cuando una mariposa se posó en una rosa del rosal blanco que estaba por donde iba atravesando la pequeña colorada, y la saludó, diciéndole:

- ¡Hola, amiguita querida! Te veo un tanto descompuesta, con el rojo de tus chapitas más encendido que nunca y tus movimientos muy acelerados. ¿Vas con demasiada prisa?, ¿o algo te preocupa más hoy que ayer?

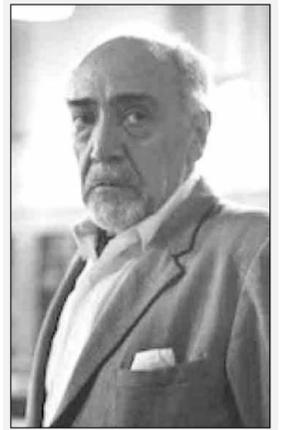
No bien terminó de hablar la mariposa, otro gusano se le acercó a la hormiguita y le ofreció llevarla a donde fuera sobre su lomito; luego, un abejorro le ofreció transportarla por el aire fresco, volando entre las ramas de los árboles, para que no sudara...

Al rato, muy poco después, apareció un armadillo y una tortuga y un sapito regordete, que le ofrecen llevarla, incluso sin saber ni preguntarle hacia dónde quería ir, ni qué empresa blanca y noble o turbia y violenta deseaba poner en marcha o darle fin. Y con ello, a los pensamientos que todo el día la habían atormentado, llenando su cabecita de un increíble deseo de venganza.

La hormiguita sacudió su testa y dirigiéndose a todos sus amiguitos, les dijo: Ya me han ayudado mucho. Han aclarado mi juicio y han puesto en la dimensión exacta a la venganza, la que pensaba cobrar por todos los agraviados que nada hicieron para defenderse de un espécimen que no merece ni que lo nombre, llamémosle: el envidioso e inseguro.

La mariposa comenzó a revolotear y un hermoso colibrí que había llegado casi al final, dijo: Convoquemos a una reunión, que sea una fiesta por la alegría de coincidir y seguir siempre así: unidos, en paz y haciendo un poco o un mucho por todos los demás: sí, dijo a voz en cuello el armadillo, si uno ayuda a otro y este a otro más, pronto ni estaremos ciegos ni ocuparemos gafas... Todos rieron de la puntada. Miren, dijo la tortuga sacando su cabeza y mirando hacia atrás, allá viene el elefantito azul, tu gran amigo, hormiguita.

Sí, yo quiero subir a su oreja para ir a nuestro oasis y refrescar mi testa... que nunca más vuelvan a mí esas ideas, pues ciertamente: "ojo por ojo, dejará al mundo ciego".



Ramón J. Sender

(Ramón José Sender; Chalamera de Cinca, 1902 - San Diego, 1982) Escritor español que figura entre los mejores narradores de la llamada «literatura española en el exilio». Bajo esta etiqueta se agrupa la producción de Max Aub, Francisco Ayala, Arturo Barea, Rosa Chacel, Segundo Serrano Poncela, el propio Sender y otros autores que se vieron obligados a exiliarse tras la Guerra Civil española (1936-1939) y publicaron la mayor parte de su obra en el extranjero.

Tras realizar el servicio militar en Marruecos, Ramón J. Sender se inició en el periodismo y colaboró en publicaciones radicales y libertarias. Sus primeras novelas son de testimonio social y propósito denunciatorio: el antimilitarismo de Imán (1930), sobre la guerra de Marruecos; su ataque al régimen policiaco en O.P.: orden público (1931); la lucha anarquista en Siete domingos rojos (1932) y el relato de la insurrección cantonal de Cartagena (1873) en Mr. Witt en el cantón (1935). Durante la guerra civil luchó en Sierra de Guadarrama y publicó el documental Contraataque (1937), sobre el cual se inspiró en parte André Malraux para su novela L'Espoir.

Exiliado primero en México (1939-42), residió el resto de su vida en los Estados Unidos, con trabajos docentes en Alburquerque (1947-63) y en Los Ángeles (1965-71). Dejando a un lado su intensa actividad periodística (en la revista antifascista y anticomunista Cuadernos de París, por ejemplo), su copiosísima producción narrativa prosiguió por numerosas y variadas rutas.

Por un lado están sus novelas alegóricas de intención satírica o filosófica; entre ellas cabe citar El lugar del hombre (1939), La esfera (1947), El rey y la reina, de 1949, El verdugo afable (1952), Los cinco libros de Ariadna (1957) y Nocturno de los catorce (1971). Un sector aparte se halla constituido por sus novelas históricas: Bizancio (1956), Jubileo en el Zócalo (1964) y La aventura equinoccial de Lope de Aguirre (1964), entre otras. El marco geográfico latinoamericano le inspiró una gran novela, Epitalamio del prieto Trinidad (1942), historia de una rebelión en una isla-presidio, notable por la recreación de las pasiones humanas y la descripción de una atmósfera alucinante y de exótica sensualidad.

Pero el sector narrativo más importante de Sender procede de su memoria histórica. Junto a una obra perfecta, Mosén Millán (1953), luego titulada Réquiem por un campesino español, publicada en 1960, conmovedora historia de un sacerdote que quiere salvar a un joven del pueblo en los inicios de la guerra civil, destaca la serie Crónica del alba, compuesta de nueve novelas aparecidas entre 1942 y 1966, autobiografía de José Garcés, personaje bajo el cual se oculta de modo transparente el propio autor. Destaca, dentro de esta serie, el primer tomo, con la evocación del mundo infantil.

En general, la obra escrita en su vejez -incluso títulos tan difundidos como La tesis de Nancy (1962), En la vida de Ignacio Morell (1969), y Nocturno de los 14 (1969), El fugitivo (1972), La mirada inmóvil (1979)- muestra un descenso de su capacidad creativa y una tendencia incontrolada a manifestar a modo de prédica sus fobias ideológicas.

ad pédem literae

No le evitéis a vuestros hijos las dificultades de la vida, enseñadles más bien a superarlas

Louis Pasteur

Letras de buen humor

Mi consejo es que te cases: si encuentras una buena esposa serás feliz, si no, te harás filósofo

Sócrates

Martha Rebón

Conquistadoras de lo ordinario

El mensaje era escueto: "Akerman ha desbancado a Hitchcock". Luego unos emoticonos -aplausos, pulgar alzado, cara sonriente- y el enlace a la lista de mejores películas de la historia que cada década propone la revista del Instituto de Cine Británico. Quien me enviaba el watsap sabía que estoy en Tel Aviv y que, hace unos años, aquí vi el autorretrato fílmico de Chantal Akerman, Là-bas (2006), rodado en el mismo barrio donde me alojo ahora. Los buenos amigos son los que te envuelven en risas, te renuevan confianzas y recuerdan qué películas te marcaron.

Con los directores que nos conmueven nos suele pasar: después de ver un filme suyo, se transforma nuestra relación con algo concreto, ya sea una ciudad, una situación o un objeto. Y con Là-bas empecé a mirar de otra manera ventanas, persianas y estores. Su trama es sencilla: llegada a Israel para dar un curso en la universidad, la directora belga ausculta el exterior de Tel Aviv desde un piso alquilado. Como James Stewart en La ventana indiscreta, se confina por una indisposición temporal. Pero mientras él fisgoneaba con los prismáticos y un teleobjetivo, primero por aburrimiento, luego para resolver un crimen, ella se detenia con el objetivo de su cámara en los gestos de los vecinos, las modulaciones de la luz, en sus cavilaciones ante ese país sobrecargado de significados. Hija de una

superviviente de Auschwitz, Akerman gira en sus obras en torno a la figura materna, el monstruo de la memoria y el desarraigo heredado. "Siento que no pertenezco a ningún lugar... Voy a la deriva", dice la voz en off.

Pero la película que coronaba la lista era otra: Jeanne Dielman, 23, quai du Commerce, 1080, Bruxelles (1975). La rodó con veinticinco años y -cosa insólita- con un equipo técnico en su mayoría femenino. Doscientos minutos para mostrar tres días en la vida de una ama de casa viuda que compagina sus quehaceres domésticos, milimétricamente ritualizados, con los servicios sexuales. Doscientos minutos de intimidad aparentemente anodina en que lo ordinario (cocinar, comer, limpiar, asearse, hacer la compra) se presenta con su duración real.

Si algo bueno tiene este tipo de rankings, es que de pronto se vuelve a hablar de una cineasta. No es que 1.639 expertos creyeran que su película fuera la mejor -las diez que cada uno seleccionó recibieron un punto por igual-, sino que fue la más nombrada. ¿Cambio de sensibilidad? De los personajes femeninos de Hitchcock, bellas rubias en apuros rescatadas por hombres, a otros menos glamorosos que cargan con el cuidado rutinario de la casa. Pero estas clasificaciones también son abono para polémicas: ¿Ese experimento es mejor que



Vértigo?

Las películas que siguen generando debate son las que revelan nuevas lecturas en el futuro, y Jeanne Dielman, además de haber puesto en el centro a una mujer de 1975, se adelantó a los reality shows y a esas vidas anónimas que hoy inundan las redes. Además, no ha faltado la coetilla: "La primera directora en...". Ser mujer conlleva que te recuerden que lo eres.

Para Annie Ernaux el Nobel de Literatura ha ido acompañado de críticas en Francia por sus opiniones al margen de lo estrictamente literario (algo que también le pasó en el 2018 a la polaca Olga Tokarczuk), como si desmereciera un reconocimiento copado por hombres. Es mucho lo que tienen en común Akerman y Ernaux: además del idioma francés, una relación maternofílmica singular, la voluntad de hacer aflorar "una memoria reprimida" y de romper con el estilo "bello" o "correcto" que perpetúa una visión determinada del

mundo. Jeanne Dielman es también la mujer helada de la novela homónima de Ernaux, aislada con un bebé en una casa vacía donde se amontonan tareas minúsculas.

Descubro otro vínculo entre las dos creadoras en el discurso de Ernaux en Oslo, cuando se sitúa "al final de una estirpe de campesinos sin tierras, de obreros y pequeños comerciantes, de gentes despreciadas por sus modales, su acento, su incultura", y ese vínculo es el desarraigo. Como apuntó Simone Weil, el desarraigo no lo provocan solo las guerras y las migraciones: surge también de las relaciones económicas y de clase. Echar raíces, afirmar, quizá sea "la necesidad más importante e ignorada del alma humana". ¿Y en qué consiste? En "la participación real, activa y natural en la existencia de una colectividad". Visto así, la historia de las mujeres ha sido una historia de desarraigo. Cada vez somos más conscientes.